

## *Confesiones de un Operado*

### MODALIDADES SENSO-PERCEPTIVAS EN UN AFAQUICO

POR

EDMUNDO RICO, M. D.

(Profesor de Clínica Psiquiátrica de la Universidad Nacional)

Bogotá, Colombia

*"Al Profesor don Ignacio Barraquer, de  
Barcelona, en el septuagésimo quinto ani-  
versario de su natalicio".*

En la vida de algunos hombres quedan flotando recuerdos, reminiscencias verdaderamente imborrables. Por sobre modo, de aquellas épocas enmarcadas en incertidumbre. De mí sé decir que el once de julio de 1957, señala hito gratísimo, porque en la mañana de ese día —merced a brillante intervención oftalmológica— mis ojos, al tornarse, en un solo tiempo operatorio, bilateralmente afáquicos, recuperaban la visión perdida.

Es fenómeno harto conocido que quienes de tiempo atrás van quedándose ciegos —sabiendo, desde luego, que el único tratamiento radica en la cirugía— nó por ello pierden la ilusión, hasta cuasi los postreros instantes, de licuar las opacidades o esclerosis de sus cristalinos, apelando a fórmulas galénicas o magistrales, colirios sui-generis, grageas homeopáticas e inclusive, a toda una gama torturante de métodos bioeléctricos.

¡Qué vamos a hacer! Así es, así será siempre la condición humana. Porque nada ni nadie desmoraliza en tamaño grado la personalidad como el asistir, impotente, a la fuga inmisericorde de la luz y del color, de la forma y del espacio para sumirse, de cuajo, en sórdida obscuridad.

Ciertamente que lo más doloroso, lo más corrosivo de este desmoronamiento paulatino del Yo, son los oleajes físicos de la angustia, compañeros inseparables de aquella otra resonancia psíquica que es la ansiedad.

Para fortuna mía, topé con un cirujano oculista, engastado en no menos diestro psicólogo. A la par que, previamente, estudiara mis reacciones y defensas orgánicas, calaba —con discreta elegancia de hombre de mundo— dentro de las entretelas nerviosas de mi psiquismo, advirtiéndome, previniéndome y enseñándome luego a corregir los trastornos senso-perceptivos inherentes a la extracción de cristalino.

\* \* \*

Al día siguiente del acto operatorio —verificado bajo la doble tranquilidad del “coctel lífico” y de una aquinesia perfecta —maniobra quirúrgica donde en una sola sesión, quedéme afáquico de ambos ojos— se me autorizaba moverme en el lecho, sentarme, dejarme afeitar y hasta tomar un baño del cuerpo si lo apetecía.

Provista, aún, mi memoria con una serie de leyendas y consejas antañeras, referentes a que en las operaciones oculares (notoriamente las habidas en los cristalinos) era menester guardar, durante muchos días, inmovilidad absoluta, vacilé algún tiempo, en acatar las insinuaciones del oftalmólogo.

Mas, bien pronto, sacudiendo, avergonzado, semejantes telarañas arcaicas, reaccioné y entreguéme, entonces, a ejecutar, en veces, con ayuda de la enfermera, cuanto se me ordenaba.

Para mí, para mi idiosincracia, lo suplicante fue permanecer vendado por espacio de ocho días. Detesto la obscuridad. Quizás, ello se deba, entre otros motivos, al asco o desprecio que inspiran ciertas conciencias entenebrecidas por estenosis del sentido moral.

Confieso, sin sombra de hipérbole, que el día más feliz de mi existencia, ha sido aquél cuando ya portador de mis primeros lentes, torné a ver como en mejores tiempos. Al sentirme inundado de claridad circundante; al avizorar, al través del ventanal abierto, las casas, calles y carruajes aledaños, no pude menos de evocar —por contraste paradójico— las palabras pre-agónicas de Goethe: “Luz, más luz...” Solamente que con ellas, el pensador de Weimar, despedíase de la vida, mientras ahora, yo, exigua molécula vegetando en un repliegue andino de Monserrate, renacía a la luz, a esta luz de los ojos, que fisio-psicológicamente, es emanación crucial del espíritu.

Durante el tiempo transcurrido en la clínica, —visitado, de continuo, por cordiales amistades cuyos lazos afectivos tonificábanse en la confianza de algunos whiskys— no escatimaba yo, horas meditativas para educar mi voluntad (rehecha por la facoerisis) hacia las dificultades que en adelante como afáquico, habría de superar, costárame lo que me costara.

El oftalmólogo solía repetirme, paciente y atinadamente: “Usted debe acostumbrarse poco a poco, con calma, a dominar la falsa orientación, la aberración esférica y la carencia de orientación, que vienen a ser como el trípode que en las dos primeras semanas importunan al afáquico. Ud. franqueará pronto esas etapas desagradables. Ya lo verá.”

Mi fuero interno sabía que esta amable sugestión hallaba terreno propicio. Por lo demás, la experiencia y sinsabores humanos de antemano enseñan que, en ocasiones, “querer es poder”.

\* \* \*

Y, así fue en verdad. Media hora después de usar los lentes correctores, aprendía la marcha en terreno plano. Salí de mi habitación encaminándome hasta el extremo del corredor sin ayuda de nadie; varias veces hice el mismo recorrido, saludé a varias personas, sintiéndome y pisando tierra firme, ni más ni menos que si fuese un conquistador español. El primer paso estaba dado y “lo difícil en la vida es el primer paso”, reza un proverbio francés.

Las sinergias funcionales para movimientos automáticos y pertinentes como tomar una cuchara, escribir, anudar la corbata, afeitarme, etc., tampoco demandaron mayor esfuerzo.

En cambio, la tal “aberración esférica” resultó terrible para mis senso-percepciones visuales: apenas salido del sanatorio, encontré en sus umbrales, al profesor Jorge E. Cavellier, cuya estatura airosa e inconfundible, se me transformó en esos momentos en la de “algún descomunal gigante” que dijera Don Quijote. Así que, al estrechar en mis brazos agradecidos, aquella talla inmensa, cóncava y retorcida como árbol centenario, sentí cuando depositaba sus brazos afectuosos sobre mis hombros, que un boxeador hercúleo se me venía encima, no teniendo otra válvula de escape sino dejar brotar mi agradecimiento ecuménico, en esas burbujas de vapor de agua, que los poetas llaman lágrimas.

Otra sorpresa de la maldita “aberración esférica”, me esperaba: mi amigo don Josué Murillo, propietario tradicional de “La Gran Vía”, y descendiente santafereño de los fundadores de “La Gruta Simbólica”, me había enviado, espontáneamente, su lujoso automóvil. Y, ¿qué percibieron mis ojos al través de los lentes? Nada menos que un colosal barco negro cóncavo y quebradizamente deforme, cuyo conductor, ataviado por las mismas características, me pareció ser el Aquerón que conducía su barca fantástica, hacia las procelosas zonas del Infierno dantesco. En tal percance recordé —el hombre es surtidor inconciente de vivencias— al reverendo Hermano Cristiano Didier, quien ahorcara sus hábitos, cuando en el Instituto de la Salle, al iniciarnos en los estudios elementales

nos decía: “no olviden ustedes, los ateos, que Dios se les presenta en efemérides especiales de la “justicia celeste”.

Y, ciertamente que al contemplar aquel hermoso vehículo, transformado, ahora (como en algún delirio mescalínico) por el aberrante complejo esférico, en monstruosa cuanto flexible artesa, veía, así mismo e imaginariamente, al voluble ex-Hermano Didier convertido en desmesurado pingüino merced a “circunstancias especiales de la justicia celeste”.

\* \* \*

Cuando llegué a mi residencia, intentando apearme del coche brindado por “el chato Murillo”, otra de las dificultades afáquicas púsose aquí de manifiesto: la falta de orientación. Tuve la certeza de que entre el estribo del vehículo y la calzada, había un abismo. Manos amables me ayudaron a descender penosamente.

Pero el vértigo subió de punto al querer franquear las tres amplias y muy suaves gradas que conducen al zaguán del edificio. Carente de todo control, mis piernas incoordinadas parecían atacadas de ataxia locomotriz progresiva.

Ya dentro de la mansión, los objetos otrora tan conocidos y familiares, sufrían deformaciones, cambios sustanciales que no por ser pintorescos en su enmarañado pergeño, dejaron de impresionarse muy de veras. Nuevamente en muebles, libros y cuadros surgieron curvaturas, sinuosidades, escorzos e inflexiones de todas categorías. El escritorio, aparecía ondulante, ahuecado y retorcido mientras las sillas volviéronse combas, esféricas, increíblemente redondas. Todo, pues, desajustado y discordante como en alguna estructura esquizofrénica.

Así que, ya en mi casa y por espacio de una semana, la aberración esférica, unida a la carencia y falsa orientación me hicieron vivir, si bien es cierto en molestas zozobras, no por ello, igualmente, en divertidas ficciones ópticas: los pasillos v. g. alargadamente curvilíneos conducían a puertas siempre cóncavas, pandas, abarquilladas que —vistas de lejos— unas veces mostrábanse inmensamente estrechas y otras, enanas, pequeñísimas, a tal punto que para franquearlas, hube menester de agacharme casi hasta el suelo aturbonado sartal de reflejos defensivos.

En ocasiones, los pies, manos y nariz apercibíalos enormes. Y, mi espíritu nunca en verdad se regodeó tanto como en el trance de ciertas circunstancias fisiológicas, cuando veíame en la necesidad de verter al exterior, el ritmo del filtro renal.

En estas coyunturas —extrañamente deformadas por la ilusión óptica— y en donde todo lo corpóreo alcanza guarismos de magnitud y arqueo, acudía a mi

caletre el episodio aquel protagonizado por Gargantúa desde las torres de Nuestra Señora de París, y cuyo desenlace, nos lo narra don Francisco de Rabelais en este saleroso comentario: “Y sonriendo destacó, Gargantúa, su bella braguita, sacó al aire su méntula y los meó tan copiosamente que ahogó a doscientos sesenta mil cuatrocientos diez y ocho, sin contar en esta cifra las mujeres ni los niños.”

\* \* \*

Fatigado, a la postre, con tamañas extravagancias dependientes de la faco-erisis, díme, entonces, a zanjar bajo riguroso entrenamiento y no menos tozudos ejercicios disciplinarios, la adaptación paulatina a las lentes correctoras.

El edificio que habito consta de tres pisos —unidos no por ascensor— sino por escaleras en espiral. En altas horas del silencio nocturno cuando ya los inquilinos de los demás apartamentos dormían o estaban ausentes, iniciaba yo, fuertemente aferrado a la baranda, con mi aberración esférica y mi ataxia locomotriz a cuestras, el ascenso de la contorsionada, de la torcida escalera.

Al principio, aquella prueba cónica fue tremenda. Las dos primeras noches, únicamente subí y bajé hasta el primer piso; las otras dos al segundo, y en seguida, escalaba la cúspide del tercero. Ulteriormente, logré descender como ascender, sin apoyarme en el barandaje, y sin aberración esférica ni tabes dorsal, los tres pisos del edificio.

A los diez y ocho días de operado la inanición así como el confinamiento en la residencia, me sofocaban. Cierta que ahora, volvía a leer con maravillosa diafanidad. Empero, resolví reabrir mi consultorio, siendo intensa la sorpresa al comprobar, objetivamente, en el examen de los enfermos que todos mis movimientos y maniobras clínicas, se habían readaptado.

Fui luego saliendo a la calle y, aunque lo hacía con cautela, no exenta de timidez, en breves días lograba encarrilarme dentro de la multitud, en esa multitud que en tratándose de corridas de toros —y al decir de Blasco Ibáñez— “es la verdadera, la única fiera”.

Quedábame otro paso por dar y... lo dí: manejar el automóvil. Primeramente me hice conducir, en dos ocasiones, hasta la “Clínica de Nuestra Señora de la Paz” con el auxilio de mi discípulo Pepe Conde. Y, una espléndida mañana de las postrimerías del mes de agosto de 1957, tomé entre mis manos el timón —no sin alguna emotividad— pero venciendo, finalmente, la penúltima via-crucis del afáquico.

Porque existía un postrer escalón para liquidar: decirle adiós a los espejuelos correctores. Es hecho sabido que la pérdida de los cristalinos acarrea la estrechez

del campo visual, proveniente del escotoma en anillo como de la exactitud precisa de las lentes afáquicas. De otro lado, la facoerisis, reduce la visión periférica, y los lentes bifocales que intensifican la central, amargan, desconciertan, sobremanera, la personalidad de no pocos operados.

Y, éste fue precisamente el caso mío. No me advine con los quevedos bifocales. Por ello, cuatro meses después de intervenido, tuve la suerte de amoldarme, en corto lapso, a los LENTES DE CONTACTO. A fe que el hallazgo de estas lentes representa para quienes las usamos, fecha indeleble en los anales de optometría.

En resolución: con voluntad tenaz y continua; con la añoranza constante de que sin la facoerisis, se hubiese perdido irremediamente la vista; con un algo de amor e interés por la vida física y espiritual; con fe creciente en el oftalmólogo-cirujano que, a más de destreza operatoria, está adobado por un clínico y un hombre, la reeducación social, profesional y moral del afáquico, se alcanza en casos como el mío— fácilmente. En mi concepto, ello es cuestión del temperamento de cada quién. En la recuperación del afáquico, todo depende del operador y el resto del carácter e idiosincracia del operado.

Apartado Aéreo N° 72-02